

# Abre los ojos, sin miedo

*Por una pedagogía científica culturalmente sostenible*

Miquel Porta Serra

**H**oy las personas tenemos en nuestros cuerpos concentraciones de contaminantes tóxicos persistentes (CTPs) que no teníamos cuando nacimos. Y que tampoco tenían nuestros padres: prácticamente todos los menos jóvenes nacimos libres de DDT, DDE (principal producto en el que se degrada el DDT), bifenilos policlorados (PCBs), dioxinas, hexaclorobenceno, hexaclorociclohexanos y otros CTPs, por ejemplo. En cambio, ello probablemente no es el caso de la gran mayoría de personas que nacen en la actualidad. De modo que *los valores, normas y actitudes con los que nos educamos de pequeños no pueden responder a la realidad actual*. Por tanto, uno de los roles sociales más relevantes que debemos ejercer las organizaciones sociales es desarrollar una nueva cultura y una nueva pedagogía científica. ¿Cuáles serían los ejes principales de dicha pedagogía? ¿Cuáles son los retos?

• Un primer reto surge del siguiente hecho: probablemente muchos de los efectos a corto plazo sobre la salud humana que causan los CTPs son leves o difíciles de detectar, mientras que *los efectos crónicos y a largo plazo pueden ser más importantes*—pero no más fáciles de detectar ni de entender. Sin embargo, los modelos explicativos imperantes están profundamente anclados en aquellas enfermedades infecciosas con periodos de inducción y de latencia más breves. Es pues necesario hallar nuevas formas de explicar lo que ocurre a largo plazo; ello atañe tanto a los efectos sobre la salud humana como a muchos otros efectos ambientales, claro. La *escala temporal* en la que es ineludible analizar el problema de los CTPs y plantear posibles soluciones

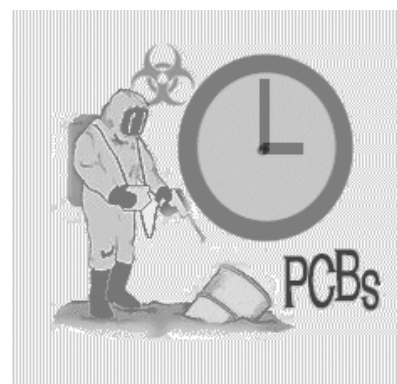
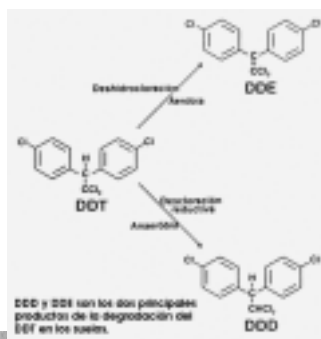
constituye un reto cultural de primera magnitud. No podemos alentar el «a vivir, que son dos días», o el «ya se arreglarán» los que vengan detrás...

• La lógica dificultad de percibir los efectos a largo plazo se añade al *carácter invisible* de los CTPs: en la pescadería un filete de salmón contaminado tiene el mismo aspecto que el que no lo está. Sin embargo, con frecuencia todo ello se explota y manipula por quienes prefieren envolver a los CTPs—y otros problemas ambientales— con el mayor grado posible de opacidad y paternalismo. Debemos reclamar constantemente información y transparencia —a las administraciones, a las empresas— para «hacer visible lo invisible». Y que nos traten como a niños.

• Otro reto surge de *la tensión*

*entre lo individual y lo poblacional*: incluso si el riesgo de efectos adversos acumulado durante una vida es pequeño a nivel individual (como todos deseamos), los efectos sobre la salud de los CTPs pueden ser importantes a escala social. Fundamentalmente, porque es muy alto el número de personas expuestas a concentraciones significativas. Que yo personalmente no note nada malo no significa que no estén ocurriendo efectos perniciosos en mi entorno...

• Otro reto: en la actualidad diversos organismos científicos y gubernamentales estadounidenses y nórdicos están realizando estudios, a menudo por mandato legislativo, para evaluar cuestiones muy concretas relacionadas con la «hipótesis de las dosis bajas», pues son esas bajas con-



centraciones las que más incertidumbres plantean. *Quizá la exposición constante a dosis bajas sea más relevante* como causa de algunas enfermedades que la exposición breve a dosis altas.

- Para que nuestras actuaciones sean culturalmente sostenibles también debemos tener en cuenta otro hecho: al contrario de lo que ocurre con «factores de riesgo» tradicionales (sedentarismo, tabaquismo, otros «estilos de vida»), ante los CTPs *el margen de maniobra individual es muy escaso*. Lo más eficaz es trabajar a favor de actuaciones de alcance colectivo (actuaciones desde los sectores públicos y privados), que disminuyan la exposición de amplios sectores de la sociedad. Ante los CTPs no sirven de nada el «sálvese quien pueda», el «ya te apañarás» o el «yo me largo y el último que apague la incineradora...».

- Finalmente, un cuarto ejemplo de los retos surge de este hecho: los CTPs puedan causar problemas *al mezclarse e interaccionar con otros contaminantes ambientales*. En cuanto a las enfermedades de causas complejas –como el cáncer, la diabetes, la infertilidad o las patologías neurodegenerativas–, la mayoría de los CTPs no causan daños graves directamente, por sí mismos. La mayoría de sustancias, por ejemplo, no parecen actuar como «iniciadoras» del cáncer, sino como «pro-

motoras» del mismo; es decir, favorecen el crecimiento de las células ya mutadas (mutadas por otras sustancias «iniciadoras», con una capacidad genotóxica y cancerígena mayor que la que tienen la mayoría de los CTPs a las dosis habituales).

Debemos hallar *formas de pedagogía científica más sostenibles culturalmente* no sólo por razones de eficiencia, sino, sobre todo, para no causar más «efectos adversos»: miedos, ansiedades innecesarias, estigmatización, discriminación, medicalización, dependencia, otras formas de iatrogenia, gasto socialmente estéril, etc.). Porque –a juicio de CiMA– debemos estar radicalmente en contra de provocar más miedo, angustia y alienación. Porque deseamos promover formas de vida «autónomas, solidarias y alegres». Y porque, como parte inseparable de todo ello, queremos preservar nuestra identidad cultural. La que se basa, por ejemplo, en el placer de reunirse alegremente en torno a una buena mesa... *Lo que no puede ser es que las personas malvivamos en un estado cuasi-permanente de duda, sospecha, desafección, rechazo, repugnancia o asco* ante el medio ambiente en el que vivimos y *somos*.

Mientras intentamos, por ejemplo, que nadie nos quite las ganas de disfrutar comiendo, ¿qué hacer? Por una parte ya estamos haciendo muchas cosas «glocalmente útiles». Las incertidumbres y las ignorancias –que no es lo mismo, claro– también son vastas. ¿Y las actitudes? Acaso las podemos acotar entre dos constructos culturales: el «derecho a saber» (el mayormente anglosajón «right to know») y el «prefiero no saberlo», tan frecuente en nuestras sobreemmas... Sin embargo, no podemos cerrar los ojos, no podemos contemporar con quienes prefieren mirar hacia otro lado. Comprender y controlar el impacto de los CTPs sobre los

ecosistemas, la economía y la salud humana es una de las grandes «utopías alcanzables» del siglo XXI: por el vasto número de personas expuestas, por el carácter genuinamente «glocal» de la contaminación y por los retos económicos, políticos y culturales



que su control plantea. No es utópico: podemos trabajar por el derecho a la información y por una auténtica sociedad del conocimiento. Podemos hallar formas de información auténticas, que favorezcan de verdad la concienciación individual y colectiva, la transformación de los sistemas de producción, la libertad de elección... y el disfrute de la vida. Ante estas «utopías factibles», la triste contra-utopía es la sociedad opaca –ambiental, epidemiológica y financieramente opaca–, la democracia contaminada, la alienación y la indefensión del ciudadano ante cosas elementales: lo que comemos, bebemos y respiramos, cómo vivimos, de qué morimos. Mas ¿no son esas contra-utopías asimismo cultural, ambiental y éticamente insostenibles?

**Miquel Porta Serra** es profesor de salud pública de la Universidad Autónoma de Barcelona. Presidente de Científicos por el Medio Ambiente (CiMA) [www.cima.org.es](http://www.cima.org.es).

